

Los límites de la seguridad

Fernando Bustamante

Los atentados de septiembre de 2001 han producido un cambio en las premisas de la seguridad pública, invadiendo terrenos hasta entonces vedados a la vigilancia. Sin embargo, la energía que se emplea en el control de la vida social puede tener como consecuencia un sobrediseño por donde se pierda la energía del mismo sistema, incluyendo la desnaturalización de las actividades humanas.

En *La condición postmoderna*, Jean-François Lyotard cita un cuento de Jorge Luis Borges en donde se cuenta la ruina de un emperador chino por intentar hacer un perfecto mapa de sus dominios. Llevar adelante esta tarea en la escala que requería una copia exacta, hasta el menor detalle, del reino, requirió dedicar tantos recursos, mano de obra y tiempo, que no quedó gente suficiente para cultivar los campos y trabajar en la industria.

Lyotard trae a colación esta metáfora a fin de explicar por qué –a su juicio– la lógica del control y de la «governabilidad» encuentra unos límites precisos, basados en las leyes de la termodinámica. En efecto, un aparato que pretenda controlar perfectamente al sistema, requerirá de una cantidad de información (y energía) bastante similar a la del propio sistema sobre el que opera, del cual, inevitablemente, deberá absorber la energía provocando una entropía incompatible con su supervivencia.

El dilema que se ha hecho palpable a partir de los brutales atentados del 11 de septiembre de 2001, puede ser una buena ocasión para reflexionar sobre la concepción subyacente de la seguridad que se despliega en los discursos, planes y acciones de Estados Unidos y de la mayoría de sus aliados en la «guerra» contra el terrorismo.

Fernando Bustamante: sociólogo ecuatoriano, especialista en temas de seguridad y defensa; profesor del Colegio de Artes Liberales de la Universidad San Francisco, Quito; consultor de organismos nacionales e internacionales.

Palabras clave: seguridad, políticas de seguridad, control político.

La reacción más frecuente, inmediata y práctico-discursivamente dominante se ha encaminado a aumentar «los controles» destinados a detectar e impedir la acción de los potenciales «terroristas». En esta retórica, las propuestas y acciones convergen sobre la puesta en marcha de un conjunto de medidas invasivas, que tiene por común denominador aumentar la información disponible para los aparatos de seguridad y los medios de intervención destinados a pa-ralizar los planes del enemigo. Como, por definición, sin dichas invasiones al mundo vital de las personas es imposible saber de antemano quiénes son los terroristas futuros (como tampoco puede saberse quién es un futuro criminal), la vigilancia debe tener como blanco al conjunto de la población (incluyendo tendencialmente a los propios controladores). La amenaza se presenta tan temible y generalizada, capilar y difusa, que una consecuente lógica derivada de estas demandas debería llevar a un incremento sustancial de la visibilidad panóptica de las sociedades en su conjunto. En otras palabras, llevaría a un importante aumento de la energía destinada a lograr niveles de información sobre las actividades e intenciones de las personas.

***todo recurso
técnico
puede ser
utilizado
para realizar
acciones
agresivas***

Si la alarma actual apunta a un estado de «cero riesgo» que asegure la ausencia de nuevos atentados y ataques terroristas, tal vez ello implica más que lo que los asustados demandantes pueden anticipar: por ejemplo, una situación que garantice que nadie morirá por ataques bioterroristas (como los llevados a cabo a través del correo, difundiendo esporas de carbuncho), requiere de un estado de transparencia social que bordea límites utópicos. De hecho, lo que los atentados recientes ilustran de manera terrorífica, es que prácticamente todo recurso técnico, instrumento constitutivo de la vida social moderna, puede ser utilizado para realizar acciones agresivas. En último término hasta los propios cuerpos humanos son armas potenciales, de la que no se excluye el propio deseo de supervivencia, el cual puede ser puesto en la balanza de esta guerra nihilista que parece haberse inaugurado.

Un cuchillo de plástico, una carta, un par de manos, un avión de pasajeros, una sustancia química de uso doméstico, etc., son desde ahora fuentes potenciales de peligro. Pero si esto es así, y si se insiste en una demanda de garantía tendencialmente total (que nunca vuelva a ocurrir nada semejante), entonces es toda la cotidianeidad la que debe ser puesta bajo vigilancia y con ello toda actividad humana es susceptible de caer bajo la lente de la alerta temprana. Pero intentar esta tarea seriamente tiene como consecuencia un fuerte aumento de los recursos y del personal cuya tarea y misión sería la de proporcionar seguri-

dad (vigilar). Puede uno fantasear situaciones absurdas y extremas, en que cada persona y acción estarían enmarcadas, rodeadas y reduplicadas en una sombra de vigilancia («un policía detrás de cada ciudadano»). Sin llegar a estos extremos improbables, la tecnología podría permitir multiplicar la capacidad de vigilancia de los vigilantes. Por ejemplo: un sistema orwelliano de cámaras de TV que penetren el tejido social y lo controlen.

Sin embargo, en última instancia alguien debe leer esta información, interpretarla y tomar decisiones en torno de ella, y esta capacidad tendría el límite del cerebro humano para manejar decisiones e información en tiempo real: ¿cuántos controladores serían necesarios detrás de las pantallas del «Hermano Mayor»? A menos que se quiera montar sistemas de inteligencia artificial, robotizados, que actúen automática e instantáneamente. Sin embargo, el control y

***toda tecnología
 de vigilancia
 aumenta el
 ámbito de
 información
 disponible para
 el sujeto del
 control***

supervisión de estos sistemas de inteligencia artificial crean otros problemas en cadena que están lejos de haberse resuelto. En todo caso, los argumentos anteriores apuntan al menos a tres ideas fundamentales:

– La seguridad entendida como eliminación tendencialmente total de riesgos precisa de un uso de recursos sociales cada vez mayor, y ello implica que la actividad humana debe desviarse crecientemente a la vigilancia. Esto solo puede ser a costa de las actividades y medios que se requieren para llevar adelante la vida económica, cotidiana, social, cultural, etc. La seguridad puede llegar a devorar la trama que se supone debe proteger. Una vida segura al máximo es un mínimo de vida.

– La seguridad, en la medida que se hace más segura, debe interferir con las actividades aseguradas, ya no solo con la energía requerida para llevarlas adelante, sino con su misma naturaleza sustantiva. El valor sustancial sustantivo de un viaje, por ejemplo, se ve afectado por el cúmulo de molestias, vejaciones y controles a los que el viajero debe someterse; el disfrute de un deporte o una actividad del cuerpo, a partir de cierto punto merma y se marchita a medida que crece el aparataje destinado a asegurar al sujeto que no sufrirá lesión o accidente alguno. En otras palabras, el valor intrínseco de la vida misma se ve erosionado por aquello destinado a protegerla: una actividad totalmente asegurada deja de ser ella misma y termina siendo apropiada por los mecanismos de seguridad que se le imponen. Buena parte del placer y vitalidad de un viaje, un deporte, una relación humana, están en que puedan desplegarse de acuerdo con su propia lógica y no alienarse en el cuidado de sí mismas.

– Finalmente, pero no menos importante, existe otro aspecto de la lógica del control que se escapa a todo esfuerzo de seguridad: las medidas de seguridad, los aparatos, las tecnologías, son ambiguas y pueden ser utilizadas de maneras no anticipadas. Al fin y al cabo los actuales terroristas usan técnicas e instrumentos que no fueron diseñados para matar o dañar. A todo objeto se le pueden encontrar nuevos usos, inclusive aquellos específicamente orientados a la vigilancia. No solamente se trata de que toda arma tiene más de un filo, sino que los propios vigilantes pueden usar sus instrumentos de vigilancia para acciones colaterales que socavan la seguridad. Un ejemplo pueden ser las cá-



maras de TV en lugares públicos, que están ostensiblemente destinadas a proteger a la ciudadanía en el curso de su transitar diario; sin embargo más de un transeúnte podría preguntarse si el anónimo vigilante no usará la información obtenida para otras acciones capaces de mermar su invocada seguridad.

De hecho, esta situación deriva de otra característica de los sistemas de control: la medición (recolección de información) modifica el subsistema controlado y este cambio implica un contra-control sobre el aparato de vigilancia. Toda tecnología de vigilancia aumenta el ámbito de información disponible para el sujeto del control. El perseguido «aprende» a desarrollar contra-usos de aquello que lo vigila y puede volverlos contra la persecución. Cualquier arma nueva es una posible arma en manos de su blanco. Es curioso, por ejemplo, ver cómo se expande el temor a que el propio arsenal celosamente desarrollado por las grandes potencias caiga en manos de sus enemigos. Quien inventa nuevas formas de vigilancia abre, sin proponérselo, una caja de Pandora que en cualquier momento puede vomitar descontroladamente sus contenidos en lugares y ámbitos no anticipados ni anticipables.

De esta manera la seguridad por el control se revela como la persecución de una vana ilusión, como un intento de llegar al horizonte, pero esta ilusión, aunque imposible, no tiene efectos triviales: como el emperador chino del cuento pudo comprobar dolorosamente, puede arruinar la vida que se quiere preservar. Una seguridad extrema es tan letal como una ausencia de seguridad. Por ello, al tratar sobre este tema es necesario resucitar el concepto de «moderación» (o de suficiencia).

Ello requiere de una revisión a fondo del concepto mismo de «seguridad» y de las expectativas ligadas a ella. Después de todo, la «seguridad» no es más que un término que recubre un amasijo de sensaciones, ideas, emociones y experiencias que anidan en el mundo de la vida (*Lebenswelt*). Una concepción posible y no violenta de la seguridad requiere un examen detenido de los mundos de vida que se quiere proteger, preservar y permitir. La política de seguridad debe estar encaminada a hacer posibles esos mundos de vida y aquellos componentes que los hacen deseables y necesarios para la realización más plena posible de lo que los torna «vivibles» y valiosos. La seguridad no es una variable a maximizar, sino un término que debe ser sometido al análisis crítico y fenomenológico de la cotidianeidad. Preservar esta cotidianeidad y hacer posible una vida tolerable constituye la última *ratio* de la seguridad, y no el determinar estados sistémicos y de ciertos valores definidos abstractamente, desde la idealidad de una gobernabilidad de la existencia social.